

VESUVIO

MARCO PERILLI

Vesuvio

 AN DANTE

La vida es deseo, no es significado.
CHAPLIN, *Limelight*

© Marco Perilli, 2021
© anDante, 2021

www.lamanoandante.com
ISBN 978-607-97352-8-9

Este libro fue escrito con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura
y las Artes a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte, 2016

PRIMERA PARTE

YO no. Lo que digo corre por cuenta de mis ojos, que vi una sola vez, codo a codo, el día en que cruzaron su camino con el mío.

Afloraba de la sombra una figura, irritada quizá por el escándalo de un coche. Es un tipo de mediana edad, poco atlético, mustio, en la mano derecha carga un libro. O es un hombre medieval, piensas, burlándote del tipo que no deja de atraerte. En rue de Fouarre, suele pasar una que otra revolución del tiempo. Sonríes, brillante, por esta deducción. Te acercas al hombre que ahora está bañado por el sol, mira hacia un palacio estilo Imperio. Tres placas de cerámica sobre las ventanas: ARTS MORALE SCIENCES. El hombre no despega la mirada. Lleva una camisa clara, fofa, de lino, una talla de más, trae sandalias. No tiene aspecto de turista, o es un viajero culto, o simplemente un loco. Con un movimiento a la izquierda, logras leer una palabra de su libro: *intelletto*. Se asoman otras letras del dorso de la mano y del pulgar, lees y repites: *mmasso*. Piensas, amarras los indicios, los datos.

— *Tommaso! En italien. Vous êtes italien?*

— *Oui.*

— *C'est Thomas d'Aquin, oui? L'unité de l'intellect.*

— *Oui.*

— *C'est incroyable! Dans la rue de Fouarre!*

— *Pourquoi?*

— *L'intellect... Thomas et Siger...*

— *Oui. Mais il n'est pas incroyable.*

— *C'est fantastique! Et vous êtes italien...*

— *Vous n'êtes pas français.*

— *Non, je suis mexicain.*

— ¡Mexicano! Un mexicano que lee un título de Tomás de Aquino en italiano, en la rue de Fouarre.

— Usted... una sorpresa tras otra... y además, en *nel vico delli strami*...

Era un día caluroso de mayo. Sábado catorce.

Mario Reyes, cincuenta y un años, ganador de una plaza recién doctorado en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México; casado, con dos hijos; había llegado a París a finales de abril y al día siguiente se regresaría. Su estancia se debía a una "misión cultural de alto riesgo", afirmaba con orgullo socarrón. En detalle, llevaba a cabo un estudio, con dos colegas de la Sorbonne Nouvelle, sobre la representación del cuerpo a partir del descubrimiento de América. En París tenía una amante. Gozaba de cierto prestigio académico por un libro sobre la Historia del infierno, lo cual le permitía viajar con frecuencia. Amoroso con su esposa, con sus hijos y su perro, no dejaba de llamarles o enviarles mensajes con el celular, del que era un adicto empedernido. Su físico esbelto y bien proporcionado, su porte ágil y brioso, su piel lisa y apenas bronceada, el cabello vaporoso y la mirada impertinente, gustaban mucho a las mujeres. Y se gustaba.

Mario Conti tenía cincuenta años. Italiano, vivía en Trento, su ciudad natal. Nadie sabía con precisión a qué se dedicaba, o qué trabajo tenía para vivir. Era un bicho raro, solitario, amable pero esquivo. Fue maestro, había escrito algo, fue vendedor de libros, coleccionaba libros, los leía, subrayaba, los contaba; el libro era la única constante de su vida. Nunca se casó, no

iba al estadio, no conducía, no votaba por la izquierda, casi no iba al cine, aunque, cuando era cine, lo consideraba a la par de la *Odisea* o de Mark Rothko. Llevaba tiempo acariciando un sueño literario: una novela, una novela ensayo, sobre la vida y la obra de Metrodoro de Escepsis, el gran artífice de la memoria que vivió a horcajadas del segundo y primer siglo antes de Cristo. Él había llegado a París unos días antes, para dar rienda suelta a una pesquisa sobre la polémica de Tomás con Sigerio acerca de la cuestión de la unidad del intelecto, un capítulo más de su obra dedicada a Metrodoro. Por esta razón se encontraba en rue de Fouarre, el antiguo *vico delli strami* recordado en la *Divina comedia*, donde, en 1275, Sigerio dictaba clases de filosofía. De la calle medieval sólo quedaba un tramo, entre rue Galande y rue Lagrange. Ahí, con la mirada hacia arriba, contemplaba la fachada de un palacio estilo Imperio, hoy sede de una escuela de lenguas. No era bajo ni gordo, de aspecto sedentario, poco apuesto. De pelo erizado, negro, salpicado de canas, nariz aguileña y labios muy sutiles, apretaba en la mano derecha una edición italiana del tratado sobre el intelecto de Tomás. Estaba concentrado, difícil sacarlo de su cavilación.

— ¿Y usted se interesa en Tomás y Sigerio?

— *Mais oui*, es uno de los temas que vine a estudiar a París.

— ¿Usted estudia?

— Soy investigador. Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

— Ah, de la UNAM...

— ¿Ustedes en Italia conocen la UNAM?

— Algo llega incluso a esas viejas tierras.

— *Il dolce far niente*...

— El ocio es el papá de la moral...

— Ni se diga de la estética.

— Y ¿de qué se ocupa, usted, exactamente, en el Instituto?

— Trabajo en varios temas... He estudiado la Historia del infierno, la influencia de las vanguardias en la publicidad, la poesía del exilio, cosas así... Ahora estoy metido en un estudio

sobre la representación del cuerpo a partir del descubrimiento de América.

—¿En Europa o allá?

—En ambas partes, es algo como iconografía comparada.

—Ah... Y Tomás y Sigerio, ¿tienen que ver con el cuerpo después de Cristóbal Colón?

—No precisamente con el cuerpo, o no directamente con el cuerpo, es un asunto de intelecto.

—Ah, *tout se tient*...

—Eso, felicidades por su agudeza.

Bajo el sol, sintieron el agobio del calor. Uno al hablar gesticulaba, otro era más expresivo con la cara. Quien los viera —y no hay que dudar que en el barrio latino, a esa hora, en esa calle, haya ocurrido— hubiera pensado en dos compinches planeando una escapada marital; o en dos camaradas que se encuentran después de muchos años. Tono, ademanes, miradas... eran como aquellos dos personajes de comedia en su debut, que informan al público del antecedente, del embrollo, de sus respectivos caracteres y tal vez, uno más que otro, de su plan.

—Vamos, Mario, yo te invito.

—Pero, yo todavía tendría que...

—Vamos, *andiamo tutti*.

—Vamos.

—Así me gusta.

Dieron vuelta en rue Galande, luego en rue Saint-Julien le Pauvre.

—Mario, de veras, qué mala obra sería ésta con tanta coincidencia.

—Qué mal sujeto... ¿conoces, tocayo, la historia de Juliano el hospitalario?

—Sólo conozco tres versiones.

Empezaban a valorar la conveniencia de ver el mismo argumento desde nuevas perspectivas, cuando dieron vuelta en rue de la Boucherie, guardaron silencio frente a la Librería Shakespeare & Company y se sentaron en un restaurante al lado.

—De un escenario hemos pasado a una postal.

—Pintada con los pies, o la boca... ¿En México existían esas postales que se vendían en Navidad por beneficencia?

—¡Claro que existían! Un colega mío hizo un estudio sobre la estética de la compasión.

—¿También los calendarios perfumados de las peluquerías?

—Claro. Un primo mío, mayor que yo, tenía una colección. Los había de paisajes, de coches, de mujeres, de fútbol, dependiendo de la edad y del tipo de cliente...

—A mí me daban sólo de paisajes.

—Fuiste un niño decente, o el peluquero no te sabía leer...

—Oye, y los que tenían imágenes de mujeres, ¿olían igual?

—Depende... los había de olor a rubia, a morena, a pelirroja... Ustedes, en Italia, son expertos, ¿no?

Llegó el mesero, pidieron dos aperitivos, un Martini y uno sin alcohol, intercambiaban impresiones y celebraban la belleza de París.

—No, soy soltero, vivo solo. Tuve una gata, nos llevábamos bien. Me pregunto cómo hubiera reaccionado viendo a tu perro. ¿Dijiste que es un cruce de qué con Labrador?

—De Weimaraner.

—No conozco, ¿cuánto mide? ¿Tiene pelo largo? ¿Ladra?

—Es piscis, si te puede interesar. En el horóscopo chino es dragón.

—¿Tú qué signo eres?

—Sagitario. Tú, seguro, eres cáncer.

—De julio. Ascendente virgo.

—Entiendo... Y entonces aprendiste castellano en Italia, simplemente conviviendo con gente de mis tierras... notable, tienes una gran capacidad de asimilar. ¿Y nunca has viajado a Latinoamérica?

—Nunca.

—¿Y no te gustaría?

—Viajo mucho con los libros, veo fotos, leo revistas...

—No es lo mismo, es como el calendario sin olor...

Se oyó un ruido seco. Las miradas de la gente se dirigían al exterior. Una niña gritó. Un pájaro estaba tirado en el suelo. ¿De dónde había caído? ¿De un techo, del cielo? La gente observaba. Una mujer, con quién sabe qué varita que sacó de su bolsa, alejó el pájaro hacia el borde del camino empedrado, hacia el jardín. La niña vigilaba horrorizada. No respira. Sí, aún está caliente, no lo toques, pobrecito, de dónde se ha caído. No hay nada más que hacer, hay que dejarlo aquí. La niña protesta, hay que salvarlo, llevarlo a la casa; le explica la mujer que los pájaros se mueren, los pájaros también, nadie puede devolver la vida, estuvo feliz ahí en el aire y ahora en paz descansa.

¿Qué hizo de malo para que se muera? gritaba la niña, ¿quién le hizo que se muera? Y no paraba el llanto. Miraba hacia el cielo, alzó el brazo y la mano con el puño.

—¿De dónde se ha caído? —preguntó el italiano.

—¿De dónde? —preguntó el mexicano.

—La cuestión de la niña es capital.

Comenzó una discusión sobre qué hizo y quién le hizo, sobre la idea de la caída, su vértigo, su miedo y el sueño de volar; de la caída pasaron a la culpa, de la culpa al destino, al azar y de nuevo a la culpa, y de la culpa al mal y a las víctimas del mal.

Caminaron por la rue Saint-Jaques, dieron vuelta en rue Saint-Séverin. Alguien soltó un comentario respecto a las gárgolas del campanario, frente a la fachada se pararon mas uno de los dos no quiso entrar. Por las naves de esta iglesia deambuló el Aquinate, refería. Y ponderaba la unidad del intelecto desde ahí, atestiguaba el otro. Caminaron por la rue de Cluny, deteniéndose, avanzando, acelerando, según dictaba el tema del pájaro y la culpa.

Estaban delante de una librería, en una esquina. Feas portadas. Sí, pero los títulos son buenos. Una mujer miraba en la vitrina de al lado. El italiano tuvo un sobresalto. Dio unos pasos, ella lo notó, vio que sonreía. Era Irène Jacob, la belleza lapidaria y melancólica del cine. Volvió, agitado, susurrando, con el otro.

—¿Viste quién es?

—¿Quién?

—Irène Jacob.

El mexicano miró a la mujer. Ella sonrió.

— *Bonjour.*

— *Bonjour.*

Y se fue, echando una mirada hacia el jardín en frente.

Llegó el hambre, les pareció apropiado un restaurante griego.

—Yo me tendría que ir.

—Yo vuelo a México mañana, no podemos dejar los cabos sueltos.

Entraron. Yo invito. Tú invitas. La mesera era una joven de facciones clásicas, míticas, épicas. No, trágicas.

—El punto de la herencia del pasado es calcular la presión que ejerce en nuestras acciones, en nuestra libertad.

—¿Qué libertad?

—¿No serás un radical-escéptico que niega todo y el contrario de todo?

—La negación implica una previa afirmación...

—...por lo tanto la negación total se contradice... ¿esto me quieres decir?

—Aquí lo digo, aquí lo niego.

El hambre, acordaron, despertaba el sinsentido. Llegó la mesera —Antígona, o Elena, o Calisto— y les sirvió *Retsina*. Brindaron.

—¡A nuestro encuentro!

— *À suivre!*

El mundo griego, decían, antes de transmitirnos la enseñanza del filósofo, nos dio a conocer la figura del héroe. Al principio de todo hay la humillación infligida al héroe. Aquiles, ofendido por Agamenón, rechaza toda remuneración que abone su dolor, toda reparación que lo compense. El dolor del héroe humillado abre una brecha entre lo posible y lo que se conoce. Aquiles se encierra en su silencio, el misterio del dolor que lo carcome sólo encuentra expresión en el canto solitario:

él canta los hechos de la guerra a la que ha renunciado. Pero, un gesto inaudito libera la opresión de su alma y lo devuelve al mundo: el viejo padre y rey, desgarrado por el dolor, se arrodilla y besa la mano que asesinó a su hijo... Aquiles reconoce en el gesto de Príamo una audacia sin confín, reconoce en el padre humillado y vencido a su propia especie, su autoridad, y lo levanta y se levanta...

—Aquí no termina la *Iliada*, ¡aquí termina la épica y comienza la tragedia! —dijo afervorado.

—Y volvemos al pájaro y a la pregunta de la niña...

—¿Quieres decir que, como Aquiles, esa niña nos enfrenta al dilema de la causa del mal y su posible recompensa?

—Un dilema sólo tiene dos cuernos, aquí tenemos el triángulo de culpa, deseo y responsabilidad.

—¿En este orden?

—No, el triángulo es un esquema fijo, los ángulos varían.

Se acercó la heroína y les sirvió *gyros*, *tzatziki*, otra botella de *Retsina*.

—Tú escribiste una Historia del infierno, ¿no?

—Sí, fue a partir de mi tesis de doctorado, una investigación a la que he dedicado varios años...

—Y ¿qué infierno, quiero decir qué periodo del infierno, te atrae más?

—El infierno de los griegos, por ejemplo, que ni siquiera es un infierno, me ha llevado a viajar muy lejos. Allí me encontré la primera, irrenunciable metáfora de la soberbia humana.

—Explícame.

—El hombre, que aún no surge en contra de los dioses, eleva una montaña hacia abajo, un abismo tan profundo cuanto el cielo es distante de la tierra. ¡Qué insolencia! ¡Qué degenerada sangre fría! Con su furor de construcciones tan simétricas y bellas, ha transformado el escenario de la muerte en un teatro de *vaudeville*. En Homero, las almas, medio ebrias por un brindis truculento, salen a la luz y se exhiben en sus juegos de memoria y adivinanza. O te reciben en un paisaje que va

cambiando alrededor de cada una. ¡Platón hasta una rifa les arregla! No, nunca le pagaremos a este pueblo nuestra deuda de ilusión.

—Sí, algo recuerdo respecto al sorteo de las almas... antiguos afanes del liceo, pero la cabeza está fallando...

—Lo que rifa la metafísica malicia de Platón es el destino del alma en el más acá. Allí te sacas un destino de guerrero y aquí, en la vida, lucharás. Te sacas una ficha de artesano y aquí serás esclavo. Te sacas una ficha de mujer y aquí serás...

La conversación seguía y siguió en torno a los cimientos que los griegos, pueblo práctico e inventivo, habían asentado para esta entrañable, o detestable, o inmerecida, según el brindis requería, civilización. La mesera se acercaba al menor pretexto, movida por una especial curiosidad por esos dos clientes que hablaban con tanto fervor y con la voz tan alta que llamaron, más de una vez y sin la menor pena, la atención de los presentes. A un par de mesas, del lado de la puerta, comía una pareja española y la mesera intentaba descifrar en sus caras los giros de la discusión. Al parecer, lo que decían era chistoso. Y aunque no entendía, claro estaba que hablaban de cosas diferentes. El más alto era más expresivo, más ruidoso, incluso hablaba más. Pero su amigo rebatía en el momento justo y lograba insertarse, a veces con palabras afiladas, a veces con su risa convulsiva, en los huecos que dejaba la simpatía del otro. La mesera, una muchacha griega que pretendía acercarse al mundo de la moda, por mucho turista que estuviera acostumbrada a servir, y a observar, no dejaba de admirar aquel extraño coctel de gravedad y optimismo que desprendían los dos.

Al turno del postre, la plática se había extendido tanto que la muchacha prolongó su horario de servicio. El titular del local no entendía, le insistió que se fuera, sospechó incluso que por fatua no quería dejar atrás ninguna diligencia: porque pronto resultará evidente que no era su apego al trabajo, ni la esperanza de opulentas propinas, lo que la instigaba, o mejor dicho, lo que acorralaba a la muchacha; sino que desde el rabillo de

sus ojos, su esmero, el porte completo de su cuerpo (y ha de saberlo el jefe si es hermosa la pequeña), todo en ella confluía hacia aquellos dos bufones. Esto, a él, le molestaba. Le preguntó hasta cuándo pensaba quedarse ese día; le contestó evasiva. No quería desviar la atención de lo que hubiera podido captar de la mesa de los dos. La palabra *niña*, la única entendible para ella, recorría a menudo en la conversación, y al sentirse aludida, alabada, no quiso perder la ocasión de comprobar sus encantos y afinarlos.

El tema del qué hizo y quién le hizo prosperó más que nunca en el boulevard Saint-Michel. ¿Es legítimo el grito de la niña? ¿A nombre de quién le reclama la muerte del pájaro a quién? ¿Existe la inocencia?

A la altura de place de la Sorbonne, un Mario recordó Flicoteaux.

—Aquí, justo en la esquina.

El otro se quedó pensativo.

—Antes aquí estaba rue Neuve-de-Richelieu.

—Antes ¿cuándo?

—Antes de que trazaran el boulevard. ¿No recuerdas? Una fachada de cerámica, un templo del hambre y la miseria...

—Ah, ¡Balzac! El restaurante de Lucien de Rubempré... *Pain à discrétion*. ¿Fue aquí que se encontró a Lousteau?

Contemplaban las esquinas. ¿En cuál de las dos?

Llegaron al boulevard Saint-Germain. Caminaron. Dieron vuelta en rue Bonaparte cuando uno preguntaba si había sido un buen pájaro según todas las obligaciones pajarescas que madre natura estableciera. ¿No estaremos exagerando?, preguntaba el otro. ¿Por qué?, preguntaron juntos. Porque, en efecto, el bien, según la especie, aplica para todos, pájaros y no, sin distinciones de constitución que eximan del juicio. Tal vez la solución sea más sencilla de lo que nuestro escrúpulo prometa: el pájaro era malo, fue justiciado.

—Sí, de acuerdo. Acepto la premisa. Pero, ¿quién ejecuta la condena?

—El verdugo. Fría y profesionalmente. Aplica la sentencia.

—Sí, la sentencia. ¿Y el tribunal? ¿Somos nosotros?

—¿Nosotros los humanos?

—O los pájaros... ¿qué importa? Digamos que nosotros somos los otros... el pájaro y los otros.

—Un día también el pájaro formó parte de una corte.

—Y condenó, esto es lo que quieres afirmar... y ahora a él le toca estar del otro lado. Un día a mí y un día a ti. A veces más días a mí y ningún día a ti. Hombres y pueblos, lo que se llama Historia... No, la moral no es un carrusel, algo debe de haber que enfoque el panorama desde afuera.

—Alguien que vea...

—No salgas, ahora, con que la justicia no es de este mundo, que sólo Dios, o el dios que sea, la puede administrar, y que nadie tiene derecho de erguirse en el papel de juez, sea de un pájaro o de un pueblo.

La palabra pueblo evocó imágenes y revoluciones, cuerpos entre los escombros y escombros de cuerpos calcinados. El hongo atómico y Pearl Harbor, Catón y Julio César, Bonaparte, a quien pisotearon con alegría infantil bajo el pavimento de su calle y Tolstói. El pueblo que jamás será vencido y la derrota de todos los pueblos de la tierra.

En una tienda de corbatas, una muchacha, en minifalda y camiseta, agachada, estaba acomodando la vitrina. Los dos se detuvieron. La muchacha colgaba las corbatas de unas perchas, recorría las perchas, las cambiaba de lugar, rehízo el nudo a una corbata. Se paró, echó una mirada, se estiró, volteó hacia la calle y vio a los dos, hizo un guiño, con la mano acariciándose la nuca.

Llegaron a la place Saint-Sulpice. No pudieron evitar el juego de palabras Sulpice-*supplice*. Les gustó y echó al tema nuevo aliento.

Se sentaron en una banca delante la fuente. A su izquierda, la fachada de la iglesia, inundada de sol. Un coche fúnebre estaba estacionado en el atrio.

—Por fin, llegamos. Éste podría ser un punto de partida.
—¿De partida? ¿Para qué?
—Para ordenar las ideas, las imágenes del mundo...
—¿Estando aquí?
—¿Conoces aquel libro de Perec?
—¿El de *La vida instrucciones de uso*?
—No, el que escribió estando aquí.
—¿Aquí?
—Sí, precisamente aquí. En una banca como ésta. Tal vez en ésta.
—¿Qué libro?
—Durante tres días, en octubre de 1974, vino a sentarse aquí, entró a los cafés, a la tabaquería... Estuvo observando a la gente, a los pichones, al tráfico... y fue anotando todo. Condiciones atmosféricas, comportamiento de los pichones, adónde se dirige el autobús, la señora que cruza la calle, el objeto tirado en el piso, una mujer con su *baguette*, si el autobús número tal está vacío y el otro está lleno... Todo, te digo. Y en una página anota: En busca de una diferencia.
—¿Y esto es un libro?
—Podría ser una novela.
—Es un test de paciencia y de piedad para el lector.
—No. El propósito es noble. Perec quiere describir lo demás, lo que quedó afuera de los inventarios comunes. Él quiere narrar qué pasa cuando no pasa nada, pero, dice, pasa el tiempo, y la gente...
—El propósito es noble, ¿y lo logra?
—El logro es pensarlo, vivir la experiencia. El título mismo lo declara: *Tentative d'épuisement d'un lieu parisien*.
—¿Y habrá caído un pájaro en esos tres días?
—No me acuerdo, no sé. Pero, pudo haber caído, pudo haberlo reportado.
—Éste es el punto: lo habría reportado. Sin más preguntas, sin más explicación, o hipótesis, o indicios, por lo menos, de la búsqueda de un sentido.

—Son dos formas diferentes de abordar el mundo.
—¿Cuál es cuál?
—Decir que se ha caído un pájaro del cielo y ver lo mismo y preguntarse qué hizo y quién le hizo.
Ambos, casi al mismo tiempo, alzaron la mirada. No había pájaros volando ni pájaros cayendo. Unos pichones, en el piso, bajo la fuente, descansaban en la sombra.
—Es que... *tout se tient*, como se dice aquí, y como dices tú. Pienso por ejemplo en las torres gemelas. Ahí también se cayó algo que volaba, pero atrás había una intención. Recuerda que cuando el avión se acercaba, el segundo digo...
—Nunca he visto esas imágenes.
—Nunca... ¿las imágenes de los aviones?
—No, nunca. He visto fotos, muchas fotos, pero nunca he visto la grabación filmada, los aviones acercarse...
—¿Estás bromeando?
—No.
—No puede ser.
—Sí, es. He leído, he oído, he pensado, pero nunca he visto aquella filmación.
—No es posible. Y ¿por qué? ¿Qué quieres decir con esto? ¿Qué quieres demostrar?
—Demostrar... nada. No considero una obligación ver lo que todos ven y no por esto significa no mirar...
—No te sigo. ¿La tuya es una polémica en contra del sentido común, en contra de la sociedad, en contra de todo?
—En contra de nada. No ver esas imágenes no significa no interesarse por ese asunto, o, digamos, por la realidad.
—¿Y qué significa?
—Sólo digo que se pueden mantener otras formas de atención, de compromiso. El saber tiene familia, con mucha variedad de tipos y caracteres.
—Pero es absurdo. Habrá todas las maneras para mirar lo que tú quieras, pero...
—Un momento, yo no digo esto. No digo que todo se pue-

de, que todo vale. Yo digo que hay que escoger, separar, en fin, discriminar.

—¿Discriminar las imágenes de las torres gemelas?

—Ésas u otras, no importa. El punto es definir el territorio de interés, un objeto, y explorarlo según el método y la forma que conviene.

—Y ¿esto implicaría negarse a ver lo que está ante los ojos de todos? Es como ir a Auschwitz y tomar fotos del paisaje.

—¿Y por qué no? Si quieres estudiar el Holocausto, por ejemplo, ¿no podrías ir a Auschwitz y tomar fotos del paisaje?

—Dependiendo del paisaje...

—Del paisaje paisaje... los árboles, las montañas, las casas. Éste es el escenario. ¿Qué pasó, aquí? o ¿quién pasó? Pasó un hombre. ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Adónde iba? Y poco a poco el espacio se hace tiempo, causas. El qué hizo y quién lo hizo...

El mexicano consultó su celular.

—No puedo creer que estás hablando en serio. Esto va en contra de todos los principios más elementales de comunicación, de cualquier cosa y situación...

—Procura ser más preciso, por favor.

—Esto es una pendejada. Si quieres estudiar el Holocausto, buscas números, datos, clasificas, deduces, argumentas.

—Y en tu Historia del infierno, ¿en qué capítulo sale el Holocausto?

—No sale, de esto no se habla. Es una Historia del infierno como idea, como lugar, como espacio real. No como metáfora o interpretación.

—¿No crees que Auschwitz haya sido un infierno real?

—Claro que lo creo, pero no me sirve para un estudio histórico y, si me permites, académico, serio, sobre el infierno. Te repito: no hablo de las metáforas generadas alrededor de una idea, hablo de la idea, de su consistencia física en el sentido histórico, o bien de la física y geografía de su historia...

—Y así renunciamos a todo lo que la experiencia de un significado aportaría a la comprensión histórica de la idea.

—Tú estás loco... Razonas como Tomás y Sigerio cruzando sus cavilaciones.

—A eso viniste a París, ¿no?

El sol de la tarde, anotaría Percec, dilata cada sombra. Los pichones arrullan. En su campo visual hay por lo menos de quince a veinte personas, aunque la plaza parezca vacía. Luego, de la iglesia saldrá el funeral.

No paraban de ver desperfectos en la postura del otro. Un pájaro caído y la pregunta de una niña los habían catapultado hacia regiones de inabordable magnitud. La Historia en una foto de paisaje, o en el cuadro sinóptico de todas las víctimas de un campo de concentración y el cuadro sinóptico de todos los cuadros sinópticos del mundo... bajo estos principios, ¿qué historia se puede relatar?

—Un momento, razonemos.

—De acuerdo, razonemos.

—Tú afirmas que de un elemento cualquiera se puede reconstruir el todo, con sus conexiones y funciones, la estructura general del fenómeno, digamos... ¿es correcto?

—Correcto. Y aunque digo que se puede, esto no implica que se logre. Es una propuesta de método, una disciplina de la mente.

—Bien. Ahora explícame cómo, sin aportar datos, tablas, estadísticas y la parafernalia que consideras inútil, explícame cómo podrías abarcar una visión general del fenómeno estudiado. Hablábamos del Holocausto: ¿una víctima en lugar de todas? ¿La más colosal metonimia ética y científica de la Historia?

—Calma, bájale... Es más sencillo: toma uno y conócelo. Esto implicará sumirse en todo, y digo todo, lo que constituye tu sujeto: una biografía hecha de casos, sabores, eventos, objetos, razones, memoria e ilusión... y llegamos al campo de Auschwitz, visto desde afuera, antes, visto desde dentro, mientras, visto desde afuera, después, y el círculo crece, como la piedrita arrojada en el estanque...

—Es un ejercicio literario, esto es bueno para una novela, no para la vida.

—La vida también tiene una extensión vertical, no sólo horizontal. Tú vas en una dirección, yo en otra. Esto es todo.

—Esto no es nada. Es un juego, una provocación. Estudiar un fenómeno es un trabajo interminable de acercamientos, búsquedas de nuevas fuentes, de testimonios, de cotejo, de clasificación, bibliografía, y etcétera y etcétera y otros miles de etcétera... Hay que explorarlo todo, digo todo, a 360 grados, idealmente, la búsqueda tiende al infinito.

—Yo digo lo mismo, suscribo lo que acabas de afirmar.

—¿Y entonces? No te entiendo.

—El punto es la orientación de este giro de 360 grados, dónde está el eje. Para ti es horizontal, para mí es vertical. Tú ocupas la grabación de los aviones que se estrellan contra las torres gemelas, yo ocupo una foto y de ahí empiezo a volar.

—Bien lo dijiste, la tuya es imaginación.

Un niño perseguía los pichones bajo la vigilancia de una chica —no era la madre; una estudiante que trabaja de niñera; o la hermana mayor. La discusión no trascendió— que dividía su atención entre las carreras del pequeño y un joven —un turista sueco, ¿o danés?— que tomaba fotos a la talla de agua de la fuente. Del funeral, quedaban algunos asistentes hablando en reducidos corros, o parejas. Un viejo se alejaba solo. El niño se cayó. La chica, después de regañarlo, le sobó las rodillas y lo empujó otra vez a correr.

—Tus teorías quizá sirvan para las novelas, no para la Historia.

—¿Tú crees en el azar?

—Sí. Me gusta creer que las cosas se dan en momentos precisos e imprevisibles... pero esto no avala tus ideas. ¿Qué tiene que ver el azar?

—Sólo lo digo porque por azar nos encontramos y ahora estamos intercambiando ideas y por lo tanto nuestras vidas desde hoy... Y sin embargo yo creo que hay un lazo, que no conocemos, que urde este suceso.

—¡Vaya! Ahora te saldrás con el destino.

—No, nada que ver con el destino. Yo creo, por ejemplo, que tú conoces a alguien, digo a una persona, que me conoce, o a quien conoceré, sin que tú ni yo, ni tal vez esta persona, tenga conciencia del vínculo entre todos...

—Es posible. Difícil, pero técnicamente posible. Había escuchado de una teoría según la cual cada hombre está a no más de seis contactos directos de cualquier otro. Un colega mío conoció a un pintor que conoció a Fellini, quien conoció a Sofia Loren, cuñada del hijo de Mussolini, cuyo padre, el *Duce*, conoció a Hitler... Así que yo estoy a seis apretones de mano del *Führer*. ¿Esto le sirve a nuestro tema?

—Aparte de que son siete, mi idea es otra: tenemos, o tendremos, a un conocido en común.

—¿Son siete? ¿Y entonces?

—Esto nos ayudará a entender cómo de un encuentro casual, con una foto de paisaje, un nombre, un objeto cualquiera, podemos deducir una serie de efectos, sus causas, la trama en la que caen... Tú y yo, ¿nos encontramos porque alguien nos tenía preparado este encuentro, o bien este encuentro, debido al azar, produce en el tiempo y en el espacio, dónde y cuándo lo ignoramos, un vínculo invisible, intangible, con alguien que actúa en el guión de nuestras vidas?

—Vidas, guión, actuación... tu teoría también sirve para una comedia. Literatura y vida como conspiración. Mi querido tocayo, creo que te estás alejando de la realidad, del sentido común, de esta magnífica tarde parisina. A las seis tengo una cita, cerca de Notre-Dame, mañana vuelo a mi tierra, deberíamos encontrar una base común para sellar nuestro pacto.

—¿Qué pacto?

—No sé, me salió la expresión sin querer... Pero, si lo miras desde cerca, como a ti te gusta, sí es un pacto, un encuentro que desemboca en la promesa de seguir con esta ingeniosa discusión, ¿no?

Un frenazo y un golpe de claxon llamaron su atención. Vol-

tearon hacia atrás. Un autobús parado y un coche metido de través obstruían la calle.

—¿Chocaron o sólo fue un intento?

—El azar...

En el flanco del autobús, un anuncio muestra a un hombre y a una mujer, en blanco y negro, sentados. La mujer, joven y guapa, con las manos entrelazadas, mira hacia arriba, a la derecha, absorta. El hombre, más anciano, lee un periódico. El rótulo advierte: *Il y a une différence entre être au courant et être informé*. Dos hombres, parados en la calle, frente al coche y al autobús, litigan con encono.

—¿Seguir la discusión?

—Trabajar sobre el tema del pájaro muerto, cada quien con su método y criterio.

—¿Sobre el pájaro muerto?

—Y la pregunta de la niña. Una Historia general de las víctimas. Causas, efectos, consecuencias del dolor generado al hombre por el hombre y la sociedad. Buscaremos las palabras, el título correcto, la forma, pero la idea está resuelta.

—La idea está más confusa que nunca. Y luego, ¿para qué quieres trabajar? Y yo, después de la Historia del infierno, ¿qué más puedo decir?

—No has metido el Holocausto. ¿Y los gulag?

—Tampoco. Ya te expliqué cuál fue la línea que seguí.

—Y entonces, ¿cómo que qué más podrías decir? Podrías retomar el tema donde lo dejaste, pasar del lugar físico del castigo al lugar espiritual de la culpa, actualizar la geografía de Dante en la visión que un ateo, un escéptico, un dandi podrían suscribir. El pajarito, en fin.

—El pajarito... Ahora me sales con la cursilería de mis paisanos, ¿dónde aprendiste castellano?

La propuesta de acompañarlo hasta Notre-Dame, donde el mexicano le presentaría a una persona, una colega francesa con quien comparte vicios y memorias, le gustó al italiano. Mientras caminaban, afloraba, huía y desandaba el tema de

las víctimas y del pacto, la idea de trabajar a solas y compartir los frutos de sus tesis, el reto de dos credos atrapados en una repentina simpatía. Les intrigaba volver a sentarse y discutir, había sólo que fijar la cita, tal vez la misma banca de la place Saint-Sulpice, o adonde fuera, lo que resultaba irrefutable era el compromiso: cuadrar el sistema general de lectura y paráfrasis del mundo, decía uno; gozar un rato en nerviosa inteligencia, decía otro.

—Patibularia inteligencia.

Llegaron al Pont au Double. Una mujer que paseaba mirando a la gente, cuando los vio se echó a correr y se lanzó en los brazos de Mario Reyes. Se besaron. Era una mujer de alrededor treinta años, rubia, de rasgos muy finos y nariz recta, labios rojos. Traía una camiseta blanca desabrochada hasta el surco de los senos, moldeados en punta por el sostén que transparentaba. Pantalones de mezclilla, tacones, bolsa de piel de alguna marca que él no conocía.

— *Elle est Léa.*

— *Enchanté.*

— *Enchantée.*

Olía a ópera, aunque no podía identificar a cuál.

— *Il est mon ami italien, Mario.*

— *Ah, italien.*

— *Oui, il est un grand connaisseur de lettres, de la beauté, de beaucoup de choses...*

Conversaron en el puente. El mexicano propuso ir a tomar una copa; no se decidían. Era evidente que Léa, más que él, deseaba que se quedaran solos. Consultó su celular, envió rápido un mensaje. El italiano alegó un pendiente que le urgía. Comenzó la despedida.

—Tú me escribes, yo te respondo y el debate ya está abierto —dijo el mexicano al entregarle su tarjeta de presentación.

—Yo no tengo tarjeta, te lo apunto.

—No, prefiero que me escribas, confío en que tú me lances la pelota, ¿va?

—Es un pacto.

Extendieron la mano con inspirada sincronía; un abrazo, un beso a Léa, que ahora olía a Puccini. Los vio alejarse en dirección rue Lagrange, ella lo cogía de la cintura. Se quedó en el puente, observaba el vaivén de los turistas, y de París, las sombras jugueteaban. Pensó en la heroína griega. Ese día había visto a Irène Jacob.

II

Estaba cruzando el umbral de Villa Mersi cuando tuvo que enfrentarse a un imprevisto: su banca estaba ocupada. Era el primer día, después del regreso de París, en que llegaba al parque. El camino flanqueado de setos, el estanque a la izquierda, el parterre a la derecha, la fuente y las dos bancas, al pie de los cipreses, parecían esperarlo, como siempre. Sin embargo, la banca a la derecha, su banca, estaba ocupada. A ese parque iba poca gente. Algunos albañiles, a la hora del almuerzo; cuarenta minutos a lo mucho. Los ancianos del asilo paseaban y tomaban refrigerio en otras bancas. Un señor al que veía desde hace años, sin que nunca intercambiara una palabra, se sentaba para leer el *Corriere della sera*. Una que otra niñera con sus críos. Pero su banca casi nunca estaba ocupada. Y nunca a su regreso de algún viaje. Siempre lo acogía como si hubiese esperado la vuelta de un ave migratoria, en el mismo sitio, guardia de la misma perspectiva: los juegos de agua de la fuente, los cipreses centenarios, la curva del camino que baja, a la izquierda, hacia la arboleda, la estatua sin cabeza, el campanario de la iglesia, el abrazo frugal y reflexivo del monte Paganella. Cuando regresaba de algún viaje, echaba un atisbo al conjunto, a todas las piezas del paisaje, una por una, y de nuevo al conjunto, para asegurarse de que una efímera partida no hubiese alterado el compás de su certeza.